

Corchito

Soy un trocito de corcho, de alcornoque, una corcha dice mi amigo Mastroniani, y floto sin rumbo en el inmenso océano del Absoluto.

A merced de los vientos, el oleaje, las tormentas, días de sol, de calma chicha. Viendo que solo floto, voy conociendo el miedo a las inmensas fuerzas que a veces se muestran con una gran violencia. Sin amparo, sobrecogido ante la posibilidad de que en uno de esos momentos, el corchito que soy, acabe engullido en las profundidades de este mar.

Tan intenso y violento siento el miedo, tan vívido, que muchas veces ni los días de calma consiguen sacudir mi desazón, mi sentimiento de vulnerabilidad, con lo que no tengo paz de ánimo.

Un día veo que se acerca un barco, recibo con alegría y esperanza la llegada de alguien. Después de presentarnos le cuento mis desvelos, mis temores. Con un aire de suficiencia me da una tremenda explicación que escucho sentado...por lo larga que es y por lo rotundo e incuestionable que es su exposición. Me cuenta que hay un alguien que dirige TODO, hasta la meteorología, y que al parecer me castiga por una cosa que llama mis pecados, errores, cosas que he hecho mal. Me retuerzo y arrugo pensando y revisando que he podido hacer mal sin saberlo.

Me confía el secreto para congraciarme con "ESE" y ablandar sus intenciones, que "ESE" es todo Amor, aunque viendo el trato que me da a veces no sé que pensar.

Que debo ser bueno y que cuando me muera seré juzgado y que dependiendo del veredicto pueees iré aun sitio que se llama cielo y que debe ser fabuloso. Que si resulto culpable iré a un parque

temático calurosísimo con asistentes con cuernos, rabo y vestidos de rojo que se divierten maltratando a los clientes.

Debe haber otro lugar que ni frío ni calor del que no da muchas explicaciones pero ya solo el nombre me resulta poco conciliador. Purgatorio, purga,...en fin.

Le pregunto que qué tengo que hacer, algún lugar al que ir, si puedo hacer algo para aliviar mi angustia. Me dice que si y que no, todavía no conocía a los gallegos, grandes navegantes. Desde su voz de oráculo me contestó que si y que no. Solo ser bueno, siempre, obedecer, y que con eso bastaba. Que había normas escritas en versión de bolsillo y que me regalaba gratis. Me lanzó dos piedras escritas, talladas con un decálogo, con lo que por poco me hunde y opté por tirar por la borda aquellas losas.

Me quedé peor de lo que estaba, si antes tenía miedo ahora estaba aterrorizado. Medía cada movimiento, cada respiración. Todo fuera que la estuviera pifiando.

Continúo flotando, impotente, pasan los días...

Al tiempo llega otro barco con gente, debe ser domingo porque van bien vestidos. Sonríen todo el tiempo, simpáticos y amables, traían en ristre unas revistillas llenas de citas incuestionables de un libro muy gordo que usaba mucha gente pero con el que al parecer no se ponían de acuerdo sobre los que decía, el tal libro.

Me contaron como un privilegio el secreto de que solo un número elegido de navegantes sería rescatado de este mundo incierto y que ahora mismo había una oferta, por unos días.

Sigo en mi flotar, siendo un trocito de corcho, un corchito, sigo sin rumbo, sin nada, en el inmenso océano del absoluto.

Paso el tiempo a solas en mi corcho, pendiente de achicar el agua que me entra, achico.

De vez en cuando contacto con otros navegantes que sin pedirlo, se me van quitando las ganas, me largan su spich, sus conclusiones. Me aconsejan, unos me dicen "la navegación es maravillosa", otros que "una mierda", hay quienes despotrican contra quien parece que rige todo esto, se confiesan ¿ateos?.

Nada de esto me alivia en mi condición de corcho a la deriva. Me produce una cierta extrañeza la necesidad de estos contactados en salvarme de su penuria navegadora. Pienso que si les sirve a ellos pues ¡guayii, aunque parece que sus certezas tienen más valor si se lo cuentan a otros. ¡Vamosi, que me quieren hacer el favor, eso sin conocerme de nada. Que raro...

Corcho, corcho, corcho

Una de esas mañanas se acerca un barco de pinta robusta, lo maneja una persona con una gorra de marino con u ancla, lleva gafas de sol y debe ser mediodía porque lleva un martini on the roks en la mano y me dice jovialmente.

¡Hombre, al fin doy contigo chiquitín!, ¿que tal te va siendo el corchito que eres?.

Psé, a veces bien y otras mal, depende del estado de la mar.

Eso es porque todavía no conoces las Leyes de la Navegación, una excelsa Ciencia, y las primeras consisten en equipar el corchito

que eres dándole estabilidad. Necesitas ponerle al corcho que eres una quilla para que se estabilice, que haga que no cabecees tanto. Ve mirando la superficie del mar y seguro que te llega algún resto flotando que puedas usar para estabilizarte.

Me quedo flotando, sigo siendo corchito, y al poco tiempo descubro una especie de cuña de madera que recojo, en una maniobra que entraña un poco de riesgo abro un hueco que atraviesa el casco hasta la panza para instalar la quilla y siento que empiezo a estar más estable.

Oleeeeeeeeeee, menuda diferenciaiiii

Sigo siendo corchito, ya más estable, sobre todo si las condiciones acompañan. Cuando el océano se agita, a ratos, me doy mucha cuenta de mi inconsistencia aunque algo importante ha cambiado, se nota la quilla, mucho.

Los contactos se suceden, algunos con urgencia por el mensaje que me quieren largar, aunque yo espero al tipo de la gorra, me resulta fiable y tengo preguntas.

Y llega de nuevo.

Buenos días chiquitín, ¿que tal con la quilla?

Muy bien, no la puedo desatender porque lo de estar estable es un curro.

Eso es, una vez instalada no la puedes descuidar, de ella depende tu estabilidad, tu equilibrio.

Tengo alguna pregunta, ¿la navegación consiste solo en esto?, ¿estar estable y flotar sin más?, ¿de aquí para allá con las corrientes?

No querido, ese es sólo el principio y para cuidarlo todo el tiempo, hay más, mucho más.

¿En que más consiste la navegación?.

Pues en lo único importante, saber a dónde tienes que ir, y fíjate, digo tienes, no digo puedes.

Eres corcho, corchito, parte del Gran Alcornoque, que está afianzado en tierra firme. Esa tierra es tu tierra. Debes dirigirte hacia allí, es el único sentido de tu singladura. La orientación es hacia donde el Sol se oculta y todas las experiencias que recojas en este tránsito te acercan allí. Sin perder nunca de vista el lugar a alcanzar, que es a la vez tu origen. Hacia el Oeste, siempre.

Bien, esto que me cuentas , una vez conocida la importancia de mi quilla que me estabiliza veo que no tengo manera de orientar mi proa hacia allí. ¿Cómo consigo darle sentido y dirección?

Claro, ahora necesitas equiparte con un timón, que instalarás en la popa de tu corchito para apuntar bien y iiTira palanteeeeee!!.

Encuentro un palo con algo como una pala y lo instalo. ¡Vaya!, esto es otra cosa.

Siento que aún y siendo corchito han cambiado cosas muy importantes, decisivas. No he dejado ser corchito, pequeño, insignificante, y es que conozco lo relativo a la estabilidad y su necesidad, y sobre todo, por fín tengo a donde ir y la posibilidad de orientar mi navegación, tengo rumbo.

Estable muchos ratos, y tener a donde ir.

En esa soledad que resulta aplastante a veces lamento mi realidad de corchito. ¿Porqué no he sidp barco grande, de casco duro, más seguro, como el que tiene el hombre de la gorra?. Esta realidad me tritura, me hace humilde, a asumir la realidad de lo que soy. Mi navegación tiene por fín un para qué, hacia dónde. Para allí, hacia el sol que se oculta para volver a salir por mi espalda, en un ciclo constante.

Vuelve el hombre de la gorra y su barco. Lo recibo con alegría, siempre trae cosas importantes, empiezo a tenerle cariño, mucho respeto por la veracidad de sus aportaciones.

i!Chiquitiiiiini i, que gusto verte, ¿cómo te va?

Mucho mejor, no hay comparación. No quiero tener la impresión de darte la lata pero...Ya sé, porque tu me has enseñado, a encontrar estabilidad, que tengo un lugar al que ir y cómo orientarme, pero...¿existe alguna manera de aumentar el ritmo de acercamiento a mi alcornoque?

Así es, cuando la pregunta es la adecuada la respuesta es oportuna. Tienes que aprovechar la fuerza del viento y para ello debes instalar un mástil y ponerle un trapo, una vela. Con esto podrás aprovechar la fuerza del viento, a veces irás derecho, otras irás haciendo bordos, zigzagueando, siempre y cuando no dejes de lado el sitio al que vas.

Y también...Ayudarme en mi labor formadora con otros barquitos.

¿A todos?.

Si, a todos los que estén preparados, verás que no todos los navegantes están preparados. Algunos por arrogancia y no se dejan guiar y otros por ignorancia, sus intereses están en la apariencia del barco, la moda náutica, la alimentación a bordo,...Vamosii, que no es su momento.

Así aprenderás a reconocer a los navegantes de corazón puro

Y así ha sido, mucho tiempo pendiente de mi navegación y contándoselo a otros barquitos, navegantes, marinos. Han sido contactos diferentes, ha habido de todo, encuentros, desencuentros.

Como en mi caso con el señor de la gorra, muchos encontraron en la enseñanza de la navegación, estabilidad, orientación, incluso misión, ya que a su vez iban enseñando a otros navegantes. En una progresión geométrica, en la que muchos encontramos las claves importantes.

Camaradería, cariño, reconocimiento, navegar en compañía, dulcificaron mucho la travesía.

El sentimiento de que la enseñanza era honesta y fecunda nos hacía sentirnos depositarios de un gran tesoro.

Ya muchos navegantes me trataban como Skipper, maestro, aunque en mi fuero interno siempre me he seguido sintiendo corchito.

Ví que el aumento de la Academia de navegantes creaba un espejismo sobre la importancia de nuestra enseñanza, difusión, labor, aún y cuando yo sentía que vivía una realidad que mi naturaleza de corchito bajaba a ras de agua.

Pensaba que no porque seamos muchos, no porque nuestra enseñanza veamos como la más fiable, me podía olvidar ni quien soy, de que material estoy hecho y a donde voy.

Corchito, corchito.

Hablé con el hombre de la gorra, le comenté, sin olvidar el agradecimiento, que para mi era el momento de recogerme en mi corchito, vivir y realizar mi realidad, que en este momento pasaba por buscar con una cierta soledad y recoger una humildad con la

que pensaba que ya contaba y que sin embargo siento de la que he carecido.

Que yo pertenezco a su linaje, el transmisor de navegante Maestro que me ha hecho partícipe de las únicas cosas importantes de la Vida, y que en este momento necesito un retiro temporal.

Encontré comprensión y apoyo, mucho.

En ese momento hubo quienes se acercaron buscando una complicidad en el discurso, "Si ya somos el Ser", "Si ya no hay nada que hacer"...

No quise decirles lo que pensaba, al fin y al cabo es privado.

HAY QUE HACER TODO EL CAMINO, TODO.

El hombre de la gorra, el Gran Marino, asentía cuando le contaba estas cosas. Su comprensión, su enseñanza y su amistad cuentan entre mis tesoros más preciados.

Soy un corchito, un trocito de corcho, de alcornoque, que flota ya con rumbo en el inmenso océano del Absoluto.

Ahora, además de mirar hacia adelante para no perder el rumbo, miro hacia atrás y veo. Veo que he venido corriendo, quemando etapas, como si fuera lo que tenía que ser estuviera siempre más adelante.

Lo siento como una fuga de mi mismo, de mi propia inconsistencia y que he pasado veloz por encima de las experiencias. Ahora veo que necesito estar accesible a la experiencia, a su calado, su profundidad, sin rechazo, sin resistencia, a esto que es mi realidad de corchito.

Ya no quiero tener prisa, que este mundo dual en contacto con el placer y el dolor me hermana con toda la humanidad, con sus desvelos, muchas simples y absurdas vidas, con metas transitorias, equivocadas, que solo el contacto con la experiencia añadirá una nueva y mejor perspectiva. Asignaturas pendientes, algunas vivencias terribles y sin embargo hermanos y hermanas.

Todos dentro del camino de vuelta al origen, dentro del Dharma, recogiendo las consecuencias de nuestras decisiones y actos, en un ciclo eterno.

Cuenta el hombre de la gorra, que en cierta ocasión, un navegante que llegaba al final de su singladura se detuvo un momento y dijo.

“¿Y ya no volveré a escuchar el canto de los pajaritos?”

Parece que tenemos prisa y pasamos por encima de las experiencias, sin dejar que nos entren, nos calen, conmuevan.

Ya no tengo prisa, corchito que soy, al amparo del Dharma.

He descubierto que no me puedo hundir, por muchos revolcones que me dé este océano de la existencia, sus vientos,...por mucha agua que trague, aunque me ponga de vuelta y media, siempre salgo a flote.

Os quiero.
Brih.